

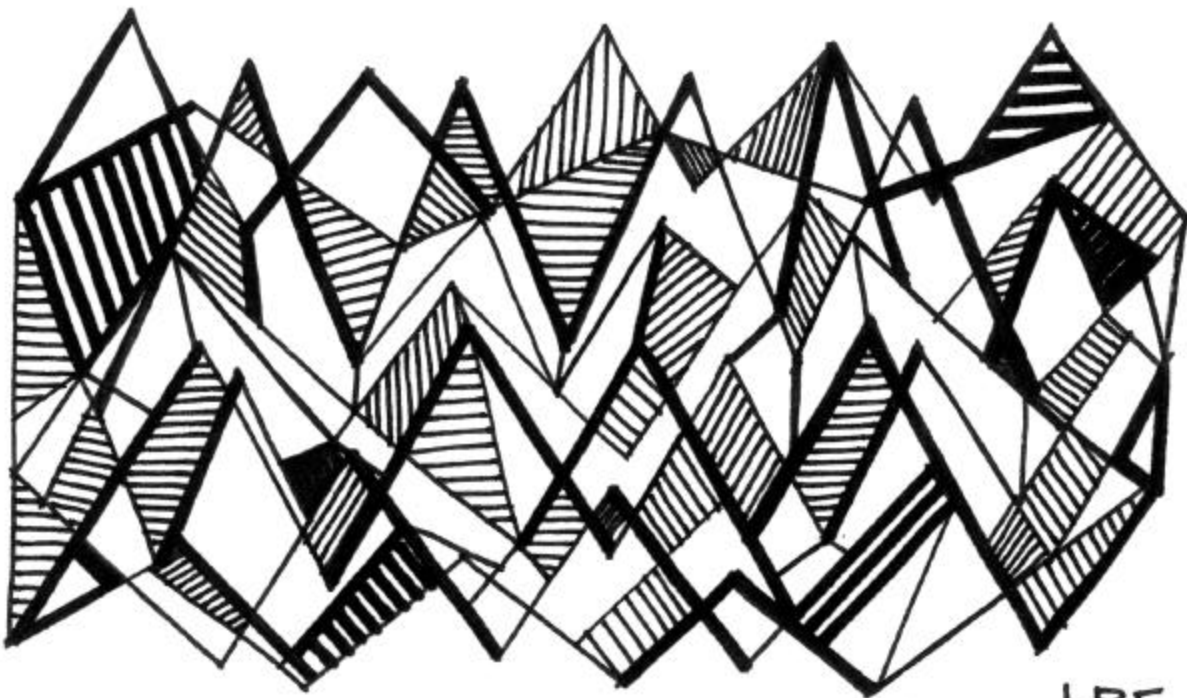
Turismo

SALVADOR BRETÓN

Johann dormitaba la botana y los cocteles de bienvenida cuando entre el ruido de las aspas de un ventilador desvencijado y la melodía tropical procedente de una pequeña radio sobre el buró, cuya letra, a pesar de su incipiente conocimiento del idioma local, le resultaba ininteligible, creyó distinguir las risas de un grupo de

niños en las inmediaciones de la cabaña. Se asomó por la ventana. No había sido un ensueño: en mitad de una soleada tarde tropical, dos varones y dos chiquillas jugaban a regar palmeras, flores y pastos mientras el agua humedecía sus cuerpos.

Los observó hasta salir de su campo de visión. Escanció el vaso y en él sirvió hielos y, de la botella de ron, cortesía de la casa, tres dedos. Pensó en los



Jorge López

JORGE
LOPEZ.



Melva Medina

muchos dólares invertidos en aquel paquete vacacional y, satisfecho ante la perspectiva de futuro, se acarició el miembro ligeramente erecto: “Calma, compadre, ya tendrás oportunidad de divertirte”, dijo a un segmento de su imagen en el espejo. Bostezó, volvió a la cama.

Por la tarde, cercana la puesta de sol, despertó y fue a ducharse. Una vez terminado el aseo corporal, se vistió de pantalones cortos, camiseta y sandalias. Recordó las palabras del señor Juan, administrador del conjunto de siete cabañas rústicas esparcidas a lo largo y ancho de un inmenso terreno bardeado distante cinco kilómetros del camino más cercano, junto a una playa solitaria y de resaca poco propicia para el nado; aunque el paisaje no era lo más importante. “En cuanto esté listo, mister, toque el botón que está junto a su cama tres veces y vendré para ver qué se le ofrece”. Ejecutó la conseja y se paró en el vano de la entrada a esperar. Pocos minutos más tarde, el hombrecillo de gafas oscuras y ropa colo-

rida se presentó ante él. Le preguntó por uno de los chicos que observara durante la tarde, mismo que describiera de manera profusa para que no cupieran dudas al respecto. Le pidió que con él enviaran más ron, refrescos de cola, agua mineral y frutas. “Okay, mister Johann”, fue la respuesta. Quiso saber si traía condones consigo, a lo que Johann afirmó yes con la cabeza. “Los va a necesitar, mister, es una política del establecimiento”. De un bolsillo extrajo una tira de diez preservativos que entregó al donatario de divisas.

El administrador tomó un radio-comunicador de un bolsillo y, tras identificarse, ordenó a una voz femenil en la recepción que enviara las bebidas y a un tal Tony con ellas al número cuatro.

“Tony todavía no está listo.”

Se volvió hacia Johann y le explicó el asunto. Le dijo que mejor eligiera a cualquiera de los otros tres, a más de uno u a otro distinto. Aceptó la propuesta: el chico

que acompañaba a Tony estaba bien para los primeros días. El administrador hizo el pedido de Martín y, mientras esperaban, el visitante le preguntó en cuánto tiempo estaría listo el tal Tony. “En tres semanas, tal vez menos”, agregó gesticulando con los dedos como si acariciara un billete.

Johann meditó en el tiempo y recursos planeados para su estadía en aquel país. En menos de un minuto, decidió extender el gran último viaje anual por tierras exóticas previo al lustro de retiro y pensión; ya pretextaría en la oficina y el hogar una dificultad por el clima, los transportes o una guerrilla cualquiera. En la primera oportunidad, se dirigiría a la ciudad más próxima para retirar dinero en efectivo de un cajero, unos pocos dólares menos de la cuenta de ahorros no tendrían repercusión alguna sobre el monto total, se dijo. Después de todo, jamás regresaría a la otra orilla del océano.

Aceptó estar interesado en ayudar a que Tony estuviera listo lo más rápido posible. El hombrecillo agregó: “Usted sabe, hay que consentirlos, hacerles regalitos. Mañana vengo después de que le traigan el desayuno para entendernos mejor. Recuerde ser amable con Martín, tiene no mucho tiempo que llegó, está a gusto, a placer, dice él.”

Sonrieron y sellaron el acuerdo con un apretón de manos. Observaron al muchacho aproximarse por uno de los caminos cargando una mochila multicolor a la espalda; se veía recién limpio en short azul y camiseta blanca ajustada. Cuando dio la última vuelta, caminó tranquilo, sin saber o sin querer advertir que era visto como mira el depredador carnívoro la oportunidad de saciarse a su capricho, lo sabía bien. Miró a Johann como desconfiado, pero sonriente, al administrador le dirigió una sonrisa franca.

–Buenas tardes.

–Buenas tardes, Martín.

–¡Helo, Martín! –dijo Johann.

–Sé bueno con el señor, pórtate bien, anda.

–Sí.

El administrador les dio la espalda. Escuchó el cerrar de la puerta tras de sí y se alejó parsimoniosamente por un atajo con ganas de silbar ante la algarabía de comprobar una vez más las bondades del plan de hacerle creer a la clientela que iba a participar en la iniciación de un chico o una chica. Sacó el radio-comunicador:

–Aquí “águila 2”, cambio.

–Aquí, mami, cambio.

–Otro que cae. Me dirijo a base, cambio y fuera.



Alejandro Caballero